

dixit

ZYGMUNT BAUMAN

**Múltiples culturas,
una sola humanidad**

+ “Si perdemos la esperanza será el fin, pero Dios nos libre de perder la esperanza” (entrevista de Daniel Gamper Sachse)



Primera edición, 2008

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Fernán González 59, Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

© Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona
Montalegre, 5
08001 Barcelona
www.cccb.org

© Zygmunt Bauman, 2008
© Traducción: Albino Santos Mosquera
© Entrevista: Daniel Gamper Sachse

ISBN Argentina: 978-987-1283-90-3
ISBN España: 978-84-96859-50-0

Diseño de colección: tholón kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: B-52.308-2008

Índice

- 9 Presentación
- 13 Múltiples culturas,
una sola humanidad
- 39 “Si perdemos la esperanza será
el fin, pero Dios nos libre de perder
la esperanza” (entrevista
de Daniel Gamper Sachse)

Presentación

La última espera

El acuerdo de Zygmunt Bauman para publicar este volumen es fruto del azar y de una tarde de invierno en la ciudad inglesa de Leeds. El padre de la teoría de la liquidez vive en la misma casa desde hace treinta y siete años, una casa que comparte con Janina, la mujer que desde hace más de sesenta años es su compañera de vida. Aseguran, haciendo gala de un excelente sentido del humor, que su eterno matrimonio es la excepción que confirma la teoría del mundo líquido. “Definitivamente, somos unos dinosaurios”, dicen. Existe entre ellos una evidente complicidad. Hablan en polaco la mayoría de las veces o, en su defecto, en un rígido inglés. Me reciben en un salón que resulta ser el despacho de Janina, cuyo trabajo intelectual y experiencia en el gueto de Varsovia destaca Zygmunt, elegantemente, en un claro gesto

de cesión de protagonismo. Trabajan en diferentes rincones de la casa, pero se citan dos veces al día para fumar. Están a punto de celebrar, también, el setenta aniversario de su primer cigarrillo. Dicen que fumar es una rutina, una forma de pensar. Y fuman sin cesar.

Su hogar es una típica casa inglesa de dos pisos sita en una angosta calle y cerca de una gran avenida que los aísla del centro de la ciudad. Acogedora y de aires centroeuropeos, la casa es austera pero está repleta de libros. Los Bauman recuerdan el vacío que dejaron sus hijas cuando una tras otra fueron abandonando el hogar familiar. Hace unos años, pensaron en mudarse a una casa más pequeña al fallecer la madre de Janina, pero aquí se sienten cómodos y no sabrían qué hacer con tantos libros. Su desordenada biblioteca no disminuye a pesar de haber cedido 2.500 volúmenes a la Universidad de Praga, en agradecimiento por haberlos acogido tras su expulsión de Polonia en el año 1968. Tres años más tarde, en 1971, llegaron a Leeds invitados por la Universidad de la ciudad. Desde entonces, Zygmunt no ha cambiado de lugar de trabajo y afirma haberse convertido en parte del mobiliario del *campus*. Confiesa, con humildad y cierta satisfacción, ser una persona relativa-

mente sedentaria. Sorprende que un hombre anciano con una vida de pilares tan sólidos tenga tal capacidad para interpretar la incertidumbre y la fluidez del mundo actual.

A pesar de su avanzada edad, continúan lúcidos y muy informados. Siguen ávidamente la actualidad. Preguntan por el CCCB y se interesan por la reciente inauguración del tren de alta velocidad que une Madrid y Barcelona, por la ley de la memoria histórica y por la sequía que sufre España en ese momento. Con la lluvia que cae en Inglaterra, ironizan, está claro que “Dios, definitivamente, dejó muchas cosas sin resolver”. Apenas viajan, pero siguen escribiendo mucho porque escribir, dicen, es su forma de vivir.

Su trato es exquisito y su alegría, contagiante. Reina en el ambiente una cierta tensión entre su vital curiosidad y la lentitud propia de la última espera. Lluve en Leeds y la tarde es muy oscura y silenciosa. Zygmunt me acompaña a través de un descuidado jardín hasta la puerta del taxi, donde me autoriza a publicar este pequeño libro y se despide diciéndome que mientras siga vivo podremos contar siempre con él.

Judit Carrera

Múltiples culturas, una sola humanidad*

“Múltiples culturas, una sola humanidad.”
He aquí un hermoso marco de pensamiento de nuestro orden líquido contemporáneo y de nuestro sumamente complejo, difícil, arriesgado y peligroso mundo. Nuestras ideas y las preocupaciones que sentimos por nuestras propias vidas y por las vidas de las personas que nos rodean se sitúan entre los dos extremos de ese marco. Muchas culturas: ésa es la realidad. Una sola humanidad es un destino, un propósito o una tarea ideales. Las múltiples culturas representan el pasado: es lo que hemos heredado de milenios de historia humana. La humanidad única es el futuro, como ya

* Esta conferencia tuvo lugar en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCB), el 22 de marzo de 2004, dentro del ciclo “Fronteras”.

predijera inicialmente Immanuel Kant, quien escribió hace más de doscientos años acerca de la unificación universal del género humano. Pocos leyeron entonces sus predicciones. Hace poco, sin embargo, se ha redescubierto aquel librito de Kant sobre el futuro de la humanidad y, de pronto, todo el mundo se ha interesado por él, lo que es todo un síntoma, toda una constatación de que la unión de la humanidad está bien presente en el actual orden del día político. Es un tema de palpante actualidad cuya dimensión no deja de aumentar.

Existe, no obstante, un tercer (e invisible) elemento entre el de la multiplicidad de culturas, por un lado, y el de la humanidad única, por el otro. Es invisible, sí, pero también necesario. Ese elemento intermedio es la frontera. La frontera es lo que separa y, al mismo tiempo, conecta culturas. Hoy en día, estamos obsesionados por las fronteras. Es una paradoja: una paradoja en el plano lógico, pero no en el *psico*-lógico. Es una paradoja lógica porque, en un mundo como el nuestro que se globaliza con gran rapidez, las fronteras son cada vez menos eficaces. Y, al perder su eficacia, pierden también su importancia práctica. Pero, al tiempo que disminuye su importancia, adquieren

una significación creciente, hasta el punto de que tienden a estar sobresaturadas de significado. Es algo para lo que difícilmente podemos encontrar una coherencia lógica... Y, sin embargo, en el plano psicológico, apenas resulta paradójico, dado que, cuanto menos éxito tenemos a la hora de mantener intactas las fronteras que hemos trazado, mayor es nuestra obsesión por dibujarlas de nuevo una y otra vez. La realidad es que, actualmente, estamos obsesionados por trazar fronteras. Cuanto menos eficaces resultan, más obsesionados estamos. ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo?

El gran antropólogo noruego Frederik Barth señalaba que las fronteras no se trazan para separar diferencias, sino, justamente, para lo contrario. Es el hecho de haber trazado la frontera lo que nos lleva a buscar activamente diferencias y a tomar viva conciencia de la presencia de éstas. Las diferencias son, pues, producto de las fronteras y de la actividad misma de la separación.

Todos y todas pertenecemos a la raza humana. Todos y todas somos humanos. Pero cada una y cada uno de nosotros es único y distinto a todos los demás. Las diferencias son infinitas. Si uno mira a su alrededor, no encontrará a ninguna

otra persona que sea exactamente como uno. No hay dos seres humanos idénticos en todo el planeta. Pero, generalmente, la mayoría de estas diferencias no nos importan. No nos impiden interactuar. Las pasamos por alto o las desdeñamos por poco relevantes. Sólo hay algunas que, en determinadas ocasiones y de forma repentina, llaman nuestra atención, nos molestan y nos producen cierta ansia por hacer algo al respecto, por convertir lo distinto en similar, por distanciarnos de aquellas diferencias, por eliminarlas a ellas o a las personas que las encarnan. Tanto esta actitud como la acción a que da lugar son sumamente selectivas. Se empieza trazando una frontera y, a continuación, la gente comienza a buscar razones que justifiquen la implantación de esa línea fronteriza. Es entonces cuando se aprecian y se señalan las diferencias entre uno y otro lado de dicha línea, las cuales adquieren, además, una significación realzada, pues justifican la frontera y explican por qué debe mantenerse intacta.

Pero ése no es más que el principio de la respuesta. El paso siguiente sería preguntarse: ¿qué clase de diferencias están adquiriendo importancia debido a las fronteras que tendemos a trazar y a proteger en la actualidad?

¿Qué tipo de fronteras son las que hoy nos obsesionan?

Nuestra actual obcecación con las fronteras es el resultado de una vana esperanza: la de poder garantizarnos una protección auténtica frente a riesgos y peligros de toda índole, la de poder aislarnos de amenazas vagamente definidas o sin nombre, de las que el mundo en el que vivimos parece hallarse saturado. En resumidas cuentas, podría decirse que nuestra presente obsesión por las fronteras proviene de la desesperanza de nuestras esperanzas o, lo que es lo mismo, de nuestros intentos desesperados por dar con soluciones *locales* para problemas producidos *globalmente*, pese a que tales soluciones no existen ni podemos encontrarlas. Los problemas globales sólo pueden tener soluciones globales. Pero éstas han estado, hasta el momento, fuera de nuestro alcance.

Todas las herramientas de acción colectiva creadas a lo largo de la historia han sido locales y su alcance máximo coincide con las fronteras del Estado nacional. No disponemos de ningún instrumento de acción colectiva eficaz por encima de ese nivel. El problema, sin embargo, es que el poder real, el poder para hacer cosas y para hacer que se hagan, se ha evaporado de